

Ulyses

Noticiario

«SOBRE LA BIBLIA UN PAN DURO».

En este tomo que integra la colección «La honda», dirigida por Nicomedes Guzmán en la Editorial «Cultura», Andrés Sabella nos otorga el beneficio indudable de transportarnos a una zona diáfana de puro sueño y poesía. Conviene leerlo al aire libre, una tarde en que el lector carezca de preocupaciones activas, si es posible, frente a un plateado y cantarino surtidor. El hombre fatigado de experiencias, de argumentaciones y de raciocinios de pesada dialéctica, se sumerge en este libro como en una fresca piscina donde no hay peligro de que ocurra ningún accidente, y conoce un mundo inefable que no había incluido entre sus presunciones territoriales: el universo del sueño y de la fábula. Alguien comparó esta obra imaginista de Sabella con ciertos aspectos, del mismo tipo, provenientes de Oscar Wilde, pero, a nuestro juicio, el inglés está siempre lastrado por su intención paradójica, anti-moral victoriana, o de nueva y propia moral, que le otorga, de todos modos, un carácter ético. En cambio, Sabella asume una actitud resignada, a lo más de ingeniosos contrastes, frente a la sólida moral y a la mitología burguesa y por ahí escurre su fábula, sonriente y movediza de ágil contradicción. Nos ha recordado las «Historias del Buen Dios» de Rainer María Rilke y en cuanto a su presión imaginativa, los

relatos fantásticos de Hoffman. Sólo que Sabella es más desordenado para enhebrar los sucesos sorprendidos y más rebelde para afrontar la mole implacable de los adocenamientos hipócritas y apolillados de la alta burguesía. Sin embargo, nunca se olvida de los elementos básicos de nuestra mentalidad religiosa, cristiana y occidental: Dios, la Virgen María, Jesús, los ángeles y los demonios. Pero si Voltaire combinó estos mismos elementos con el fin de reírse a carcajadas con su poderosa risa intelectual, y Anatole France los introdujo en su crisol, deseoso de plasmar, con los mejores símbolos, su irónico universo burgués, Andrés Sabella se aproxima hacia ellos, sacudido siempre por su queja de raigambre social, de urgente reivindicación.

Lo que estimamos peregrino al proponernos dar noticia sobre esta obra, es la afirmación sostenida por el prologuista en cuanto a que «el arte se encuentra al margen de aquellas expresiones espirituales» que persiguen elementalmente la delectación y el entretenimiento colectivo. Sería arduo establecer las comunicaciones inherentes del artista con su medio social, sin reconocer la necesidad de un goce o deleite entre el creador y el creado, del que venga la realidad con el que se satisface con su rectificación. Intuimos que de igual modo debieron razonar Marx y Engels cuando enjuiciaron la literatura y el arte del Siglo XIX y colocaron en su sitio de genio prominente al legitimista Honorato de Balzac. A este propósito, nos permitimos recomendar, en último término, a los editores de estas magníficas muestras de la literatura joven chilena que se filtren con mayor detenimiento las afirmaciones enfáticas de sus prólogos. No es igual sentir como artista que razonar como sociólogo y si el propio arte está sometido, en sus grandes alcances, a una técnica, a un proceso de observación y de búsqueda, con mayor justicia implican esa exigencia las incursiones exactas del pensamiento.